PANEL DE PROFESORES

BENET Melk 2026

PAT

Bienvenidos a esta presentación del Panel de Profesores Benedictinos. La presentación consta de cuatro partes, basadas en preguntas que abordamos a lo largo de una serie de conversaciones en línea. En la Primera Parte, los profesores ofrecerán una visión general de sus comunidades escolares y compartirán un poco sobre su origen, educación y su introducción a la Regla de San Benito.

PRIMERA PARTE

ESTEBAN(1)

Vengo de un colegio benedictino en Envigado, Colombia, muy cerca de Medellín. Nuestro colegio va desde Pre-Kindergarten hasta 11º curso, así que acompañamos a los alumnos desde el inicio de su camino escolar hasta que se preparan para irse a la universidad.

Una parte importante de nuestra identidad es nuestra relación con el monasterio. Los monjes no gestionan la escuela día a día; nuestros profesores y el equipo directivo son laicos. Pero el monasterio ayuda a guiar nuestra visión institucional e identidad benedictina, y un monje sirve como vínculo entre el monasterio y la escuela. Los estudiantes experimentan esta conexión a través de una Lectio Divina diaria, utilizando una reflexión grabada preparada por nuestro monje, y mediante la celebración de la Misa al menos una vez al mes.

Nuestra comunidad también ha cambiado. Hasta 2016, el colegio era solo para chicos; ese año empezamos a abrir el colegio a chicas, y hoy somos una comunidad mixta.

No fui educado por los benedictinos. Mi experiencia con la educación benedictina llegó más tarde, cuando ya era profesor. Crecí en colegios católicos, así que la fe, los valores, el servicio y la idea de que la educación consiste en ser mejor persona ya formaban parte de mi formación. Más tarde, estudié en la Pontificia Universidad Bolivariana y, antes de unirme a la comunidad benedictina, también trabajé con la Hermanas de Belén. Esa experiencia me enseñó que la educación es algo más que impartir una materia: se trata de acompañar a los estudiantes y formar parte de su desarrollo personal y humano.

Luego llegué a ser profesor benedictino, y muchas cosas empezaron a tener sentido. Al principio, aprendía sobre San Benito, la Regla y la educación benedictina. Pero poco a poco entendí que la educación benedictina no ocurre solo cuando hablamos de San Benito o estudiamos la Regla. Sucede en la vida cotidiana: cuando me siento con un alumno y escucho, cuando una familia viene con una preocupación y nos tomamos el tiempo para entenderla, y en conversaciones sencillas que pueder ser muy significativas.

Eso ha cambiado la forma en que entiendo la Regla. La descubrí de adulto, pero ahora la veo como algo que puede ser vivido en las relaciones escolares normales.

HERMANA ANA MARY, OSB (1)

Soy la hermana Ann Mary Chakkalakal OSB, miembro de la Congregación de las Hermanas Benedictinas de Santa Lioba. Nací y crecí en Kerala, donde el cristianismo, especialmente la fe católica, forma parte fundamental de la vida social y cultural. Aunque la mayoría de la India es mayoritariamente hindú, mi entorno es profundamente cristiano y católico. Por tanto, la fe fue algo muy natural para mí desde la infancia. Así que mi camino hacia la fe comenzó en mi infancia, en una familia de profundas raíces cristianas, donde mis padres y mi familia me enseñaron la fe a través de su forma de vivir y de su amor, más que a través de palabras. También tuve la suerte de ser educada en una escuela dirigida por religiosas, que me dieron una buena educación y un ambiente basado en valores a través de su enseñanza y ejemplo.

Sin embargo, hablando honestamente, de niña solo conocía a San Benito de nombre y no había comprendido la profundidad de la espiritualidad benedictina. Esa comprensión más profunda de San Benito, su Regla y la riqueza de la espiritualidad benedictina y su contribución como padre del monacato occidental llegó después, cuando me uní a la Congregación de las Hermanas Benedictinas de Santa Lioba. Comencé mi ministerio docente en 1994 en una zona rural del norte de la India donde mi congregación estableció su primera escuela. Aunque la zona estaba poco desarrollada entonces, hoy se ha desarrollado considerablemente, y me alegra mucho ver que muchas de mis antiguos estudiantes se han establecido allí y en otros lugares y llevan una vida familiar feliz.

Fue un viaje de descubrir y vivir gradualmente el espíritu benedictino—a través de la oración, la escucha, la disciplina, la vida comunitaria, la hospitalidad y el cuidado hacia los demás, tratando de vivirlo cada día. Creo que, porque vivimos estos valores desde lo más profundo de nuestro corazón, nuestros estudiantes y colegas también pueden experimentarlos y absorberlos. No sólo recuerdan las materias que enseñamos, sino también los valores que recibieron. Esto me da gran satisfacción, satisfacción y un sentido de gratitud. Y aún hoy, diría que sigo aprendiendo y creciendo en este espíritu. Estoy orgullosa de ser una educadora benedictina.

<u>Nuestro ministerio educativo en la academia de st. Lioba</u>

Respetadas dignatarias, miembros del Panel y participantes, soy la Hna. Ann Mary Chakkalakal OSB, miembro de la Congregación de las Hermanas Benedictinas de Santa Lioba. El carisma de nuestra Congregación es responder a las necesidades del mundo actual y tratamos de vivirlo a través de cuatro apostolados principales: Educación, Salud, Ministerio Pastoral y Servicio Social. Nuestra misión se extiende a diferentes partes de la India y al extranjero.

Desde mi profesión religiosa, me he dedicado al ámbito educativo, siendo profesora de matemáticas en Madhya Pradesh, norte de la India, desde 1994. Actualmente, soy subdirectora de la St. Lioba Academy, Perambra, Kerala, una escuela mixta afiliada a la CBSE fundada en 2013, con alrededor de 300 alumnos desde Pre-KG hasta Clase X.

Junto con nuestro director, la hermana Jain Mathew – una líder visionaria y dinámica, seis miembros eficientes de nuestra congregación, alrededor de 30 maestros laicos comprometidos

de diferentes orígenes religiosos y culturales, y siete empleados no docentes muy dedicados– compartimos la misión de educación, respeto, escucha y aprendizaje mutuos.

Cada niño tiene una personalidad, capacidad, origen familiar y necesidades únicas, y así los acogemos. Nuestro eficiente orientador apoya a los estudiantes en sus preocupaciones personales y desafíos diarios, mientras que otros programas impartidos por los educadores encargados de salud y bienestar les ayudan a comprender la salud personal, la higiene, el bienestar y los hábitos saludables.

Para nosotros, la educación comienza con la oración. Cada día comienza con los profesores reuniéndose para orar, leer las Escrituras y reflexionar, seguido de la asamblea matutina donde los niños se reúnen para orar y hacer el juramento. Discursos, sketches, bailes, obras de teatro, programas de sensibilización y diversas actividades sobre temas relevantes interpretadas por los estudiantes les brindan oportunidades tanto para expresarse como para formarse.

Nos esforzamos para que valores benedictinos como la oración, la disciplina, el respeto, la hospitalidad, la compasión y la responsabilidad sean una experiencia vivida. Le recordamos a los estudiantes que la disciplina y el respeto no son solo reglas; poco a poco, les ayudan a convertirse en personas autocontroladas, responsables y respetuosas.

Celebramos festivales, organizamos competiciones, programas de sensibilización y campañas públicas que brindan oportunidades para que los niños crezcan en confianza y cooperación. Además de lo académico, ofrecemos actividades extracurriculares como kárate, patinaje, danza, música, educación física y otras actividades para que los niños descubran y desarrollen sus talentos.

Un valor benedictino importante que transmitimos conscientemente es la escucha. La Regla de San Benito comienza con la invitación, —Escucha, hijo mío. Animamos a nuestros niños a escuchar atentamente—a Dios, a sus maestros, a sus padres, entre ellos, y les recordamos que una buena escucha conduce a la comprensión, el respeto y a una vida comunitaria pacífica.

Como parte de animar a nuestros estudiantes a valorar la dignidad del trabajo, hemos introducido oportunidades para que los estudiantes se dediquen a trabajos manuales y tareas prácticas sencillas. A través de estas experiencias, aprenden que todo tipo de trabajo honesto es valioso. Les ayuda a ser más responsables, autosuficientes y respetuosos con el trabajo de los demás. Esto conecta bien con el lema benedictino de "Ora et Labora – Oración y Trabajo." Queremos que nuestros hijos aprendan no solo a través de los libros, sino también haciendo, sirviendo y trabajando juntos.

Estamos orgullosos de nuestras dos primeras promociones de la clase X por lograr un resultado del 100%, lo que trajo gran alegría a nuestra comunidad escolar. Sin embargo, creo que el fruto más profundo de la educación no es el logro académico, sino el tipo de personas en las que se convierten nuestros estudiantes: cómo tratan a los demás y con qué responsabilidad usan sus talentos.

Mis años en la educación me han enseñado algo hermoso: mientras formamos a los niños, ellos también nos forman a nosotros. Sus preguntas, luchas, talentos e incluso sus errores me

han enseñado paciencia, creatividad, perseverancia y compasión. Por lo tanto, ser subdirectora es para mí más que una responsabilidad administrativa. Es una oportunidad para vivir mi vocación benedictina a través de la educación: acompañar a los jóvenes, apoyar a los profesores, construir comunidad y hacer de nuestra escuela un lugar donde se vivan los valores del Evangelio y los valores benedictinos en la vida cotidiana.

Para terminar, estoy profundamente agradecida a mi Congregación y a mi institución por darme la oportunidad de servir en este ministerio y, hoy ha sido una alegría y un privilegio compartir estas reflexiones. Gracias por darme esta oportunidad y, sobre todo, por vuestra paciente y amable escucha.

NATALIE (1)

Crecí en una familia católica y asistí a un colegio católico. A lo largo de más de 25 años, he enseñado en diversos colegios católicos. Comencé mi carrera enseñando a chicos en St Laurence's College, que estaba dirigido por los Hermanos Cristianos bajo la ética y tradición guía de Edmund Rice. Después pasé a enseñar a chicas en All Hallows' School, un colegio católico para niñas guiado en la tradición de las Hermanas de la Misericordia, donde las inspiraciones provienen de la vida y la fe de Catherine McAuley.

Ahora tengo el privilegio de enseñar en Lourdes Hill College, un prestigioso colegio católico femenino en Brisbane, que es la capital del estado de Queensland, en Australia. Contamos con poco más de 1000 estudiantes de 5º a 12º curso. Situado a solo cinco kilómetros del centro de Brisbane, el colegio ocupa una posición única con vistas al río Brisbane y a la ciudad. Su hermoso entorno, situado en lo alto del río sobre una gran colina, ofrece un telón de fondo impactante para una comunidad escolar con una rica historia y un profundo sentido de lugar.

En 2026, Lourdes Hill College celebra su 110º aniversario. La historia del colegio se remonta a 1916, cuando el arzobispo de Brisbane, James Duhig, invitó a las Hermanas del Buen Samaritano de la Orden de San Benito a fundar escuelas en Brisbane. Trece hermanas viajaron por mar desde Sídney, subiendo por la costa este de Australia para fundar una nueva comunidad y escuela. Cuando llegaron al lugar, el arzobispo Duhig quedó impresionado por el parecido de la gran colina con Lourdes en Francia, el lugar donde la Virgen María se apareció a la joven Bernadette Soubirous. De esta conexión surgió el nombre de Lourdes Hill.

Hoy en día, esa historia sigue entretejida en la identidad del Colegio. Aunque Lourdes Hill ha crecido y evolucionado significativamente durante más de un siglo, sus cimientos siguen firmemente arraigados en la tradición benedictina del Buen Samaritano. Cuando llegué por primera vez a Lourdes Hill, sabía muy poco sobre San Benito o los valores que están en el corazón de la tradición benedictina. Como muchas personas que ingresan en una escuela benedictina procedente de otra tradición, desconocía la riqueza de este modo de vida y la profunda influencia que tiene en una comunidad.

Enseñar Educación Religiosa me dio la oportunidad de aprender sobre la Regla de San Benito y los valores que moldean nuestro colegio. Sin embargo, asumir el papel de Jefa de Séptimo Año fue lo que realmente transformó mi comprensión. Dar la bienvenida a los miembros más

jóvenes de nuestra comunidad no consistía simplemente en organizar un programa de orientación o ayudar a los estudiantes a adaptarse a un nuevo colegio, sino que requería vivir cada día los valores benedictinos de hospitalidad, respeto, compasión y responsabilidad. Pronto me di cuenta de que estos valores no solo se enseñan, sino que se experimentan. Se expresan en la forma en que acogemos a los demás, en cómo escuchamos, en cómo construimos relaciones y en cómo creamos un auténtico sentido de pertenencia. Con el tiempo, estos valores se han convertido en mucho más que palabras en un papel. Han moldeado la forma en que lidero, la forma en que tomo decisiones y la forma en que busco acompañar a los jóvenes y sus familias a lo largo de su camino en nuestro colegio.

¿Cómo se vive la Regla Benedictina en nuestro colegio? El ethos benedictino está entrelazado en todos los aspectos de la vida en Lourdes Hill College. La Regla de San Benito no es simplemente algo que enseñamos a nuestros estudiantes; es una forma de ser que moldea cómo construimos relaciones, fomentamos la comunidad y respondemos a las necesidades de los demás. La oración y la reflexión son una parte importante de nuestro ritmo diario y semanal. El personal comienza cada semana junto con una lectura y reflexión de la Regla, brindando la oportunidad de hacer una pausa, escuchar y reflexionar sobre cómo la sabiduría benedictina puede informar nuestro trabajo. Los estudiantes concluyen cada día con nuestra oración del colegio, mientras que la Misa se celebra semanalmente para quienes deseen asistir y se celebra como comunidad escolar en días festivos significativos a lo largo del año.

Los valores de nuestra Casa se extraen directamente de la tradición benedictina e incluyen respeto, compasión, escucha, hospitalidad y responsabilidad. Estos valores son visibles en todo el colegio y, lo que es importante, cobran vida a través de las experiencias que ofrecemos a los estudiantes. Las competencias de casas, los días de celebración y los proyectos de la casa crean oportunidades para que los estudiantes desarrollen un sentido de pertenencia, trabajen de forma colaborativa y pongan estos valores en práctica.

La hospitalidad es especialmente evidente en la forma en que acogemos a nuevos estudiantes y familias. Seguimos perfeccionando nuestros programas de transición y orientación para los estudiantes que ingresan en los cursos 5 y 7, asegurándonos de que encarnen auténticamente el espíritu benedictino de bienvenida. Cada aspecto de la experiencia está cuidadosamente planificado para fomentar un auténtico sentido de pertenencia y conexión, permitiendo que los estudiantes y sus familias se sientan valorados, apoyados y seguros al comenzar su camino con nosotros.

Nuestro Programa de Hermanas Mayores/Hermanas Pequeñas ofrece otra expresión práctica del cuidado benedictino. Los estudiantes mayores asumen la responsabilidad de apoyar y guiar a los más jóvenes, dando ejemplo de compasión, inclusión y servicio. Al hacerlo, nuestros estudiantes aprenden que el liderazgo no consiste simplemente en tener un puesto; se trata de reconocer las necesidades de los demás y usar nuestros dones para apoyarlos.

El servicio y la justicia social también son centrales en nuestra comunidad. Se anima a los estudiantes a reconocer las necesidades de los demás, responder con compasión y entender que cada individuo tiene la capacidad de marcar la diferencia. Estas oportunidades permiten

que el valor benedictino del servicio vaya más allá de una idea y se convierta en algo que nuestros estudiantes experimentan y practican.

Por último, nuestro enfoque de la gestión de la conducta se basa en la práctica restaurativa. En lugar de centrarnos solo en las consecuencias, trabajamos junto a estudiantes y familias para fomentar la responsabilidad, la autorreflexión, la reconciliación y el crecimiento personal. Esto refleja la comprensión benedictina de que las relaciones importan y que los errores pueden ofrecer oportunidades d qae aprendizaje, restauración y renovación.

En última instancia, nos esforzamos por asegurar que la Regla benedictina sea evidente no solo en lo que enseñamos, sino en cómo acogemos, cómo escuchamos, cómo lideramos, cómo respondemos unos a otros y cómo servimos a nuestra comunidad. De este modo, la Regla sigue proporcionando un marco vivo para formar jóvenes que sean compasivas, responsables y comprometidas con marcar una diferencia positiva en el mundo.

GEOFFREY (1)

Mi camino hacia la educación benedictina es bastante interesante porque yo no fui educado por los benedictinos. Crecí en una familia católica, y mis padres se aseguraron de que me criara en la fe católica. Asistí a clases de bautismo, fui bautizado y criado participando en la vida de la Iglesia.

Mi educación fue principalmente en instituciones públicas. Fui a la escuela primaria Riaranga DOK, luego a la escuela secundaria St. Paul's Gekano, al Machakos Teachers Training College y más tarde a la Universidad de Nairobi. Tras terminar la universidad, empecé a enseñar en 2004, inicialmente en colegios privados. En ese momento, sinceramente, sabía muy poco sobre la educación benedictina. No había oído hablar de la Regla de San Benito, y nunca había interactuado realmente con la espiritualidad benedictina.

Eso cambió cuando me incorporé al St. Scholastica Catholic School en 2009. St. Scholastica Catholic School está situado en Ruaraka, Nairobi, Kenia, en un entorno urbano a lo largo de Thika Road. Es un colegio mixto, que atiende tanto a chicos como a chicas, con alumnos desde preescolar hasta 9º curso. El colegio ofrece programas tanto diurnos como de internado. Es propiedad y está gestionado por las Misioneras Benedictinas, aunque los profesores y el personal laicos son responsables de gran parte de la enseñanza y administración diaria. El colegio busca integrar la excelencia académica con los valores católicos y benedictinos en la formación integral del alumno.

Empecé como profesor de clase y, con los años, me asignaron diferentes responsabilidades. Me involucré en el departamento de exámenes, luego me hice cargo del internado, me convertí en subdirector y finalmente en director. Así que mi comprensión de la educación benedictina se desarrolló gradualmente a través de la experiencia. No fue algo con lo que llegué; fue algo que descubrí trabajando en la escuela e interactuando con las Hermanas Benedictinas Misioneras.

Una de las cosas que me llamó la atención desde el principio fue el énfasis en los valores. La disciplina y el servicio, por ejemplo, eran muy evidentes en la forma en que se gestionaba la escuela. También me familiaricé con las Hermanas y el uso de OSB, y poco a poco empecé a entender que había una espiritualidad más profunda detrás de muchas de las cosas que hacíamos.

SEGUNDA PARTE

PAT
En la Segunda Parte, hablaremos sobre cómo formar parte de una comunidad escolar benedictina ha influido en la propia práctica docente. ¿Cómo han evolucionado ellos mismos como educadores?

HERMANA ANN MARY, OSB (2)

Como miembro de las Hermanas Benedictinas de Santa Lioba, la espiritualidad benedictina se ha ido convirtiendo poco a poco en parte de mi vida y, naturalmente, se expresa en mi vida diaria. Valores como la oración, la disciplina, la hospitalidad, el cuidado de los demás y el servicio han influido en la forma en que me relaciono con mis estudiantes y con las personas que me rodean, especialmente con los demás educadores.

Con los años me di cuenta de cómo evoluciona la enseñanza, desde transmitir principalmente conocimientos hasta nutrir a la persona en su totalidad, especialmente los valores, la responsabilidad, el servicio y la vida comunitaria. Interactuando con los estudiantes con paciencia, amor y empatía, pude ayudar a muchos de ellos a reconocer su potencial y canalizarlo de forma positiva. He aprendido que los estudiantes a menudo recuerdan cómo les hice sentir y qué valores viví encarné para ellos.

El verdadero éxito de la educación, para mí, se ve cuando los valores aprendidos en la escuela continúan influyendo en cómo trabajan mis alumnos, sirven a los demás, forman sus familias y contribuyen de manera significativa a la sociedad.

¿Cómo nos ha influido trabajar en una comunidad benedictina en nuestras relaciones con los estudiantes y otros educadores? La espiritualidad benedictina me ha enseñado a ver a cada persona con respeto, paciencia, compasión y un espíritu de acompañamiento.

a) Relación con mis alumnos:

A lo largo de estos años he aprendido que la enseñanza es realmente un viaje de doble sentido. Los estudiantes provienen de diferentes orígenes, culturas y tienen distintas habilidades, personalidades y necesidades. Cuando nos tomamos el tiempo para escucharlos (la primera palabra del Prólogo de la Regla de San Benito), entenderlos, guiarlos con paciencia y canalizar sus talentos en la dirección correcta, a menudo descubrimos en ellos personalidades maravillosas y grandes potenciales.

De hecho, puedo decir con sinceridad que mis alumnos me han convertido en una mejor profesora, han perfeccionado mi oficio de profesora. Me han enseñado a ser paciente y a mirar más allá de sus limitaciones. Una de las mayores alegrías para mí es ver que mis alumnos están prosperando en la vida y sirviendo a la sociedad a través de diferentes profesiones como educador, médico, ingeniero, empresario, abogado, militar, etc.

b) Relación con mis compañeros educadores: Antes de comenzar la jornada escolar, los profesores se reúnen en la oficina del director, donde leemos un pasaje de la Biblia y comenzamos juntos el día. Esta práctica sencilla fortalece nuestra unidad y nos recuerda que nuestro trabajo no es solo un trabajo, sino también un servicio. Y ha creado un espíritu de cercanía, respeto mutuo, buena relación y un verdadero sentido de comunidad entre nosotros. Nuestro espíritu benedictino también se refleja en el ritmo diario de nuestra escuela. Comenzamos el día con una asamblea, oración y juramento comunes, seguido de un pensamiento o reflexión sobre la importancia del día. Los estudiantes presentan danza, teatro, sketches y diversas representaciones relacionadas con el tema, inculcando los valores. Los estudiantes también rezan una breve oración antes de las comidas y una oración antes de salir del colegio. Estas prácticas sencillas nos ayudan a mantener a Dios en el centro de nuestra vida diaria.

c) Nuestra vida comunitaria como Hermanas Benedictinas nos da un ritmo estructurado de oración. Nos reunimos para orar varias veces al día. Escuchamos el Evangelio del día y reflexionamos sobre él, y antes de la oración nocturna leemos un pasaje de la Regla de San Benito. La Regla nos recuerda los valores de la vida benedictina, como vivir cada día con disciplina, equilibrio, humildad, escucha y amor.

Una de las cosas que más valoro en la educación benedictina es la importancia que se le da a la persona. Un estudiante no es simplemente un aprendiz que debe obtener buenas notas. Cada estudiante llega con una historia, una familia, dones, luchas, sueños y posibilidades. Nuestra tarea como profesores es reconocer a esa persona y acompañarla.

Los jóvenes viven en un mundo de rápido cambio tecnológico, redes sociales, competencia, individualismo e incertidumbre. Tienen acceso a enormes cantidades de información, pero aún necesitan sabiduría. Necesitan personas que les escuchen, les acompañen y les ayuden a distinguir lo que realmente es valioso de lo que es simplemente atractivo o popular.

Lo más importante es que los valores se manifiestan a través de nuestra forma de vida. Cuando los estudiantes nos ven orando, trabajando sinceramente, tratando a los compañeros con respeto, acogiendo a otros, manteniéndose pacientes en las dificultades y sirviendo sin buscar reconocimiento, experimentan la Regla a través de nuestras vidas.

Nuestra influencia como profesores es a menudo mucho mayor de lo que nos damos cuenta. Por tanto, como profesores, creo que estamos llamados a ser más que instructores. Somos testigos y compañeros. Quizá la pregunta más importante para nosotros no es: «¿Cuánto han aprendido mis alumnos de mí?» sino más bien: «¿En qué clase de personas se están convirtiendo al encontrarse conmigo?»

Las palabras de la Regla de San Benito, "Escucha con atención, hijo mío", me hablan con mucha fuerza. En el mundo actual, donde todo el mundo habla y hay tanto ruido, enseñar a los jóvenes a escuchar de verdad es un regalo precioso. Para mí, quizá este sea el mayor regalo que podemos ofrecer a los estudiantes en 2026: ayudarles a escuchar, a convivir con los demás y a servir. Así, la educación no solo saca lo mejor de los estudiantes, como dijo Mahatma Gandhi, el Padre de nuestra Nación, sino que también construye una comunidad donde todos se sientan valorados, respetados y amados.

NATALIE (2)

Cuando reflexiono sobre mi filosofía docente durante casi tres décadas en educación, me doy cuenta de que, aunque mi compromiso con los jóvenes nunca ha cambiado, la forma en que entiendo lo que significa ser educador se ha transformado significativamente. Al principio de mi carrera, mi enfoque estaba principalmente en enseñar bien: planificar lecciones atractivas, mantener altas expectativas, asegurar que los estudiantes alcanzaran el rendimiento académico y crear aulas donde el aprendizaje pudiera florecer. Creía que si era un profesor experto, organizado y atento, estaba haciendo bien mi trabajo. Y aunque esas cosas siguen siendo importantes, ahora veo que solo son una parte de la historia.

Cuando me uní a Lourdes Hill College, como muchos educadores que entran en una escuela con un carisma particular, inicialmente vi los valores como algo que aprender para poder enseñarles. Sin embargo, pronto me di cuenta de que la educación benedictina no consiste simplemente en conocer los valores, sino en permitir que esos valores nos vayan dando forma a nosotros.

En mi puesto en el colegio, siempre he sentido un gran orgullo de mi papel de ser una de las primeras personas en presentar a los estudiantes y a sus familias los valores benedictinos que sustentan nuestra comunidad. Cada año me sitúo en la puerta, acogiendo familias que llegan ansiosas, emocionadas y depositando una enorme confianza en nuestra comunidad. La hospitalidad dejó de ser una palabra en un cartel; se convirtió en una práctica diaria intencionada. He aprendido que la primera sonrisa, la primera conversación, recordar el nombre de un estudiante, escuchar atentamente la preocupación de un padre o asegurarme de que ningún niño comiera solo son actos profundamente benedictinos. Son expresiones de ver a Cristo en el otro.

Con el tiempo, la invitación de la Regla a "escuchar con el oído del corazón" se convirtió en algo más que una frase hermosa. Se convirtió en una filosofía de liderazgo. Me interesé menos en tener todas las respuestas y más en hacer preguntas reflexivas. Menos centrado en resolver cada problema yo misma y más comprometida a caminar junto a estudiantes, personal y familias mientras encuentran su propio camino hacia adelante.

A medida que crecían mis responsabilidades de liderazgo—de profesora de aula, a jefa de curso y ahora jefa de secundaria—mi comprensión del éxito también cambió. Al principio de mi carrera, el éxito podía medirse por resultados, programas o logros. Hoy en día, mido el éxito de forma diferente. El éxito es la alumna de Year 7 que finalmente siente que pertenece. Es la

madre que se siente realmente escuchada durante una conversación difícil. Es la profesora que se siente en confianza para probar algo nuevo porque sabe que será apoyada. Es ver a los alumnos mayores guiar discretamente a los más pequeños a través de nuestro Programa Hermana Mayor–Hermana Pequeña, modelando compasión y servicio sin buscar reconocimiento.

Trabajar en una comunidad benedictina también ha moldeado profundamente la forma en que me relaciono con mis colegas. El liderazgo es menos dirigir y más acompañar. San Benito nos recuerda que la sabiduría no se limita a quienes ocupan posiciones de autoridad. Su instrucción para consultar a toda la comunidad me ha desafiado a buscar continuamente perspectivas diversas, a escuchar genuinamente antes de tomar decisiones y a reconocer que cada miembro de una comunidad escolar tiene algo valioso que aportar.

En la educación actual, donde el cambio es constante y las exigencias no paran de aumentar, la espiritualidad benedictina ofrece un ritmo diferente. Nos recuerda que las relaciones van antes que los programas, que la presencia suele ser más poderosa que la productividad, y que el liderazgo comienza con humildad y no con autoridad.

Uno de los mayores regalos que me ha dado la educación benedictina es la comprensión de que la formación docente nunca se termina. Once años después, sigo aprendiendo. Sigo descubriendo lo que la hospitalidad me pide. Todavía me desafían a escuchar más profundamente, a ejercer mayor paciencia, a elegir la compasión sobre el juicio y a crear espacios donde cada persona se sienta vista, valorada y conocida.

Como directora de secundaria, estos valores ahora sustentan todo lo que hacemos—desde la orientación de Year 7, donde la hospitalidad se entrelaza intencionadamente en cada experiencia, hasta nuestras Tarjetas Compass que celebran a los estudiantes que viven nuestros valores, nuestro Programa Hermana Mayor–Hermana Pequeña que fomenta la pertenencia en todos los cursos, la formación de liderazgo estudiantil y las innumerables interacciones cotidianas que construyen una cultura donde cada joven sabe que importa.

Si alguien me hubiera preguntado hace once años qué era la educación benedictina, habría enumerado un conjunto de valores. Hoy, respondería de otra manera. La educación benedictina no es algo que impartimos. Es algo que vivimos. Se encuentra en las conversaciones que elegimos tener, en las personas que elegimos notar, en la forma en que acogemos, en cómo perdonamos, en cómo lideramos y, quizás lo más importante, en cómo recordamos que cada joven confiado a nuestro cuidado merece dignidad, pertenencia y esperanza.

Para mí, esa ha sido la mayor transformación en mi filosofía docente. Ya no me veo simplemente como alguien que enseña a los estudiantes. Me veo como alguien que se está formando continuamente junto a ellos. En una comunidad benedictina, todos somos aprendices, todos somos profesores y todos estamos llamados a volvernos más profundamente humanos a través de las relaciones que construimos entre nosotros.

GEOFFREY (2)

Una de las cosas que me llamó la atención desde el principio fue el énfasis en los valores. La disciplina y el servicio, por ejemplo, eran muy evidentes en la forma en que se gestionaba la escuela. También me familiaricé con las Hermanas y el uso de OSB, y poco a poco empecé a entender que había una espiritualidad más profunda detrás de muchas de las cosas que hacíamos.

A medida que exponiéndome más a la educación benedictina y a la Regla de San Benito, empecé a ver la educación de forma diferente. Para mí, un valor destacado especialmente es la administración y cuidado de las cosas.

Como director, la gestión responsable significa encargarnos de los recursos que se nos han confiado. Tenemos la responsabilidad de garantizar que los recursos escolares se utilicen correctamente y estén disponibles para el beneficio de los alumnos. Pero he llegado a ver la gestión como algo que va más allá de los recursos físicos.

Para mí, las personas también son una responsabilidad que se nos ha confiado. Los profesores, los alumnos y la comunidad escolar en general necesitan ser cuidados, apoyados y desarrollados.

Eso ha influido en la forma en que veo el liderazgo. No quiero ver mi papel simplemente como gestionar personas. Prefiero verme a mí mismo desarrollando personas; ayudando a los profesores a crecer, animándolos a continuar sus estudios para que se conviertan en mejores profesionales y ayudando a los alumnos a descubrir y desarrollar su potencial.

Así que, si tuviera que describir mi punto de partida, diría que entré en la educación benedictina con una educación católica y una formación profesional en la enseñanza, pero sin ningún conocimiento previo de la espiritualidad benedictina. Lo encontré de adulto, a través de mi trabajo en St. Scholastica.

Y quizá eso sea lo que hace que el camino sea especialmente significativo para mí. Sigo aprendiendo. La educación benedictina se ha convertido en algo que experimento en mi trabajo diario, más que simplemente algo sobre lo que he leído. Ha influido en cómo entiendo el servicio, la responsabilidad, la responsabilidad y, lo más importante, el liderazgo.

Hoy diría que ser educador benedictino no es solo trabajar en una escuela benedictina. Se trata de intentar vivir esos valores en la forma en que me relaciono con las personas, tomo decisiones, utilizo los recursos que me han confiado y ayudo a los demás a crecer.

ESTEBAN (2)

Como profesor benedictino, siento que no estamos simplemente intentando enseñar la Regla a nuestros alumnos. A través de nuestras interacciones diarias, le estamos dando vida. Para mí,

la palabra “escucha” es probablemente el ejemplo más claro. Escuchamos a nuestros estudiantes, familias y colegas. A veces, simplemente estar dispuestos a escuchar cambia una relación.

Para mí, la cercanía que tenemos con nuestros estudiantes es una de las cosas que hace de la educación benedictina algo especial. Cuando estamos cerca de los estudiantes, los conocemos más allá de sus notas: sus personalidades, familias, desafíos y sueños. Eso genera responsabilidad. Si conozco a mis alumnos, no puedo verlos simplemente como un número o una nota; tengo que ver a la persona.

Hay otra idea que es especialmente significativa en mi escuela. Tenemos una oración escrita por nuestro abad, cuyas palabras finales son: “Trabajemos juntos para construir un mundo más humano y justo, donde reine tu paz.” Creo que esa frase resume gran parte de lo que significa para mí la educación benedictina. No se trata simplemente de paz, se trata de trabajar juntos por un mundo más humano y más justo, y por la paz de Cristo.

Eso conecta lo que ocurre dentro del colegio con lo que esperamos que nuestros estudiantes hagan fuera de él. Queremos que sean buenos estudiantes, pero también personas que puedan contribuir a transformar la sociedad. Así que la paz y la transformación social no son solo palabras bonitas, sino que forman parte de nuestros objetivos estratégicos y, ojalá, de la forma en que educamos.

Si me preguntas dónde empezó mi viaje, yo diría que empezó con la educación católica que recibí, pero mi camino benedictino comenzó cuando ya era profesor. Hoy veo la Regla en las pequeñas cosas que hacemos cada día: escuchar, acoger, acompañar, corregir cuando es necesario, perdonar, empezar de nuevo y trabajar juntos. La Regla no es solo algo que enseñamos. Es algo que vivimos.

TERCERA PARTE

PAT

En la Tercera Parte, los profesores reflexionan sobre el valor de una educación benedictina. ¿Qué la distingue de lo que ofrecen otras escuelas? ¿Cómo prepara a nuestros estudiantes para el futuro?

NATALIE (3)

Cuando pienso en qué ofrece una escuela benedictina que otras escuelas no pueden ofrecer, pienso que va más allá de un conjunto de valores expuestos en una pared o declarados en la misión de una escuela. Lo que hace distintiva a una escuela benedictina es que estos valores se convierten en una forma de vivir, relacionarse y aprender juntos. Están arraigados en una tradición que moldea de manera única la experiencia de toda la comunidad.

En el corazón de la educación benedictina se encuentra un sentido de pertenencia auténtico. Vemos la escuela no solo como una institución, sino como una comunidad en la que cada persona tiene dignidad y un lugar. La hospitalidad es central. Estamos llamados a acoger a los demás, a fijarnos en quiénes pueden estar pasando dificultades o estar en las periferias, y a hacer que la gente sienta que realmente pertenece. Para un joven, especialmente en un mundo donde puede sentirse aislado a pesar la constante conexión, ese sentido de pertenencia es increíblemente poderoso.

La educación benedictina también trata sobre la formación integral de la persona. El rendimiento académico importa, pero también el carácter, la compasión, las relaciones, la espiritualidad, la resiliencia, el servicio y la capacidad de tomar decisiones éticas. No nos limitamos a preguntar: "¿Qué logrará este estudiante?", sino "¿En quién se está convirtiendo este joven?" Queremos que nuestros estudiantes salgan con una buena formación, pero además que sean compasivos, que tengan los pies bien puestos en la tierra y que estén preparados para contribuir positivamente al mundo.

También existe una comprensión diferente del liderazgo. El liderazgo benedictino es servicio. No se trata de estatus, poder o popularidad, sino de usar nuestros dones al servicio de los demás. Queremos que nuestros estudiantes entiendan que el verdadero liderazgo comienza con la pregunta: "¿Cómo puedo marcar la diferencia para los demás?"

La tradición benedictina también nos enseña a escuchar con el oído del corazón. Eso es un desafío poderoso para los educadores. Nos pide escuchar genuinamente —a nuestros estudiantes, nuestras familias y los demás— no solo para responder o arreglar, sino para comprender. Junto a esto hay una cultura de reflexión, donde nos detenemos a considerar qué es realmente importante, cómo nuestras acciones afectan a los demás y qué podríamos hacer de forma diferente.

Quizá uno de los mayores regalos que la educación benedictina ofrece a los jóvenes hoy es un sentido de equilibrio. En un mundo de notificaciones constantes, presión y logros, la espiritualidad benedictina nos recuerda que somos más que nuestra productividad. Hay valor en la oración, el silencio, la reflexión, el trabajo, las relaciones y el descanso.

Sin embargo, en última instancia, creo que la mayor distinción es el paso del "yo" al "nosotros". Los estudiantes aprenden que pertenecen a algo más grande que ellos mismos y que tienen una responsabilidad con los demás. Se les anima a preguntarse no solo: "¿Qué puedo lograr?", sino "¿Quién estoy llamado a convertirme y cómo usaré mis dones al servicio de los demás?" Muchas escuelas tienen valores maravillosos. Lo que hace distintiva a una escuela benedictina es la profundidad, la historia y la práctica detrás de esos valores. El respeto, la compasión, la hospitalidad, el servicio y la comunidad no son simplemente cosas que enseñamos; son la manera en la que estamos llamados a vivir.

Y quizá ese sea el mayor don de todos. No nos limitamos a enseñar el ethos benedictino— tenemos que encarnarlo. Nuestros estudiantes lo experimentan en la forma en que les acogemos, les escuchamos, les desafiamos, les perdonamos y cuidamos de ellos. Es una

comunidad donde los valores no solo se enseñan, sino que se viven juntos. Esto es algo realmente especial.

GEOFFREY (3)

Como profesor en el St. Scholastica Catholic School, creo que la cuestión no es solo lo que enseñamos, sino también el tipo de persona en la que nuestra enseñanza ayuda a que el alumno se convierta. El mundo en el que entran nuestros alumnos es muy diferente a aquél en el que nosotros crecimos. Crecen con smartphones, redes sociales, inteligencia artificial y un acceso muy rápido a la información. Tendrán oportunidades, pero también distracciones, presión, desinformación y competencia.

Por eso encuentro que la sabiduría de San Benito y la Regla es muy relevante para nuestros alumnos en 2026. La Regla habla de cosas ordinarias que a veces damos por sentadas: escuchar, disciplina, orar, trabajo, humildad, responsabilidad, comunidad y responsabilidad. Estos son valores que se pueden ver fácilmente en la vida diaria de nuestro colegio.

Por ejemplo, cuando comenzamos nuestro día con la oración, recordamos a nuestros alumnos que la educación no se trata solo de logros académicos. Les animamos a poner a Dios en el centro de sus vidas. A través de la Misa, las oraciones en clase y otras actividades espirituales, se les da la oportunidad de reflexionar sobre quiénes son y cómo deben relacionarse con los demás.

El principio benedictino de Ora et Labora también es muy práctico en nuestra escuela. Decimos a nuestros alumnos que la oración debe ir acompañada de trabajo. Un alumno que quiere buenos resultados debe asistir a clases, hacer tareas, repasar y buscar ayuda cuando sea necesario. Cuando un alumno tiene dificultades académicas, no simplemente lo etiquetamos como débil. Organizamos apoyo, trabajo de recuperación y orientación porque creemos que todo aprendiz puede mejorar cuando recibe el apoyo adecuado.

También vemos el valor de la disciplina en la vida escolar cotidiana. Cosas sencillas como presentarse puntualmente en clase, observar el uniforme escolar, mantener el aula limpia, completar tareas y seguir las rutinas escolares pueden parecer insignificantes, pero en realidad están preparando a los alumnos para la vida. Les estamos enseñando que la libertad viene con la responsabilidad.

El énfasis de la Regla en la comunidad es especialmente importante en un colegio como el nuestro. Tenemos alumnos de diferentes orígenes, habilidades y circunstancias familiares, pero tienen que aprender a convivir. En las tareas de clase, actividades grupales, juegos, clubes y programas escolares, se espera que los alumnos cooperen y se valoren mutuamente. Un alumno que ayuda a un compañero que tiene dificultades con las Matemáticas, por ejemplo, está aprendiendo algo más importante que las propias Matemáticas: el valor de apoyar a otra persona.

Otro ejemplo práctico es la gestión responsable. En St. Scholastica, esperamos que los alumnos cuiden las aulas, pupitres, libros, baños, residencias y el recinto en general. Cuando se recuerda a un alumno que no desperdicie agua ni dañe la propiedad del colegio, no estamos simplemente protegiendo los recursos escolares. Estamos ayudando a ese alumno a entender que todo lo que se nos ha confiado debe usarse de forma responsable.

También creo que nuestro programa de internado ofrece una buena oportunidad para vivir los valores benedictinos. Los alumnos tienen que compartir espacios, seguir rutinas, respetarse mutuamente y aprender a vivir lejos de casa. Se espera que asuman la responsabilidad de sus pertenencias personales y que consideren las necesidades de los demás. En un entorno así, valores como la paciencia, el respeto, la autodisciplina y la comunidad no solo se enseñan, sino que se experimentan.

Nuestros profesores también tienen la responsabilidad de modelar lo que enseñamos. Un alumno notará cuando un profesor es puntual, justo, paciente y respetuoso. También notará cuando un profesor le escucha cuando tiene un problema. Si hablamos de respeto pero humillamos a los alumnos, o hablamos de responsabilidad pero no asumimos la responsabilidad nosotros mismos, la lección se pierde.

Para mí, una de las lecciones benedictinas más fuertes es que la disciplina debe ser formativa. Cuando un alumno comete un error, nuestra responsabilidad no es simplemente castigar. Debemos ayudar al alumno a entender qué salió mal, asumir la responsabilidad y tomar una mejor decisión. Esto es especialmente importante para los adolescentes que aún están desarrollando su carácter.

También debemos preparar a nuestros alumnos para el mundo digital. No podemos decirles simplemente que eviten la tecnología porque la tecnología ya forma parte de sus vidas. En cambio, debemos enseñarles a usarla de forma responsable. Con la inteligencia artificial, por ejemplo, los estudiantes deben entender que tener una respuesta no es lo mismo que entender algo. Aun así, necesitan pensar, cuestionar, verificar información y hacer su propio trabajo. De este modo, valores benedictinos como la veracidad, la responsabilidad y la moderación se vuelven relevantes incluso en el uso de la tecnología.

El valor del servicio también es importante. Siempre que los alumnos participan en actividades que implican ayudar a otros, visitar o apoyar a personas necesitadas, o asumir la responsabilidad del bienestar de otros dentro de la comunidad escolar, empiezan a entender que la educación no es solo para el avance personal. También debe prepararnos para servir.

Por eso, veo que San Benito y la Regla dan a nuestros alumnos una brújula moral. No podemos predecir exactamente cómo será el mundo cuando los estudiantes de hoy sean adultos. Algunos de los trabajos que desempeñarán puede que ni siquiera existan hoy. Pero si les damos la capacidad de escuchar, pensar críticamente, trabajar duro, rezar, respetar a los demás, asumir responsabilidades y servir, estarán mejor preparados para cualquier futuro que enfrenten.

Para mí, la verdadera prueba de la educación benedictina es lo que ocurre después de que el alumno abandona la puerta del colegio. Si un exalumno se convierte en un profesional exitoso pero es deshonesto, egoísta o irresponsable, entonces solo hemos tenido un éxito parcial. Pero si ese alumno usa sus conocimientos con responsabilidad, trata a las personas con dignidad, se preocupa por lo que se le ha confiado y está dispuesto a servir a los demás, entonces podemos decir que algo del espíritu de San Benito se ha ido con él.

ESTEBAN (3)

Cuando pienso en el mundo para el que preparamos a nuestros estudiantes, a veces siento que la educación misma se ha convertido en un acto de resistencia—no contra las personas, sino contra algunas de las cosas que crecen a nuestro alrededor.

Vivimos en un mundo rápido, ruidoso y que exige constantemente nuestra atención. Hay poco espacio para detenerse o escuchar, y a veces se espera que reaccionemos antes de haber entendido. Así que, cuando pregunto qué pueden ofrecer San Benito y la Regla a un joven en 2026, creo que ofrecen algo que poco a poco estamos perdiendo: la posibilidad de ralentizarnos, escuchar antes de reaccionar, hacer espacio para otra persona, dar la bienvenida a alguien diferente y entender que no siempre tenemos que ganar una discusión ni responder con falta de respeto cuando las cosas no salen como queremos.

Estas no son ideas antiguas. Hoy en día son profundamente necesarias. Y por eso la forma en que enseñamos es tan importante como lo que enseñamos. Podemos hablar de respeto, empatía, paz y comunidad, pero si los estudiantes no experimentan esas cosas en su relación con nosotros, serán solo palabras vacías.

Encarnamos los valores benedictinos en la forma en que construimos relaciones: en el tiempo que dedicamos a escuchar, en la forma en que respondemos cuando los estudiantes cometen errores, y la manera en que los corregimos sin humillarles. Incluso cuando discrepamos de sus decisiones, su dignidad permanece. Aquí es donde la Regla cobra vida en una escuela.

Nuestros estudiantes se enfrentarán a desacuerdos, frustración, conflictos y a muchas formas diferentes de pensar y vivir. No podemos protegerles de todo eso, pero sí podemos ayudarles a descubrir otra forma de ser en el mundo: una que no requiera violencia ni falta de respeto, donde escuchar no sea debilidad, donde la empatía no signifique estar de acuerdo con todos, y donde la paz sea algo que construimos activamente con los demás.

Lo que San Benito y la Regla ofrecen a los estudiantes en 2026 no es una vía de escape del mundo, sino una forma alternativa de vivir en él. Nuestra responsabilidad no es solo enseñar esa forma de vivir, sino hacerla visible en la forma en que escuchamos, acogemos, corregimos, perdonamos y construimos relaciones.

Los estudiantes podrán olvidar muchas de las cosas que les enseñamos, pero creo que recordarán siempre cómo se sentía ser visto, escuchado y tratado con dignidad. Esa

experiencia puede ayudarles a imaginar—y eventualmente a construir—un tipo de mundo diferente.

HERMANA ANA MARY, OSB (3)

La educación hoy tiene una responsabilidad mucho mayor que simplemente transmitir conocimiento. A medida que los estudiantes se enfrentan a un mundo en constante cambio, competitivo e impulsado por la tecnología, la educación debe dotarles de conocimientos, habilidades, valores y la fuerza interior para afrontar la vida con confianza. Debe ayudarles a pensar críticamente, a adaptarse a los cambios y a tomar decisiones responsables. Al mismo tiempo, debe ayudar a los estudiantes a crecer en compasión, respeto, paciencia y conciencia de los demás.

Vivimos en un tiempo de muchas transformaciones. En este contexto, ¿por qué es importante qué enseñamos y cómo lo enseñamos a los estudiantes? ¿Qué ofrecen San Benito y la Regla a los estudiantes en 2026? ¿Cómo encarnamos eso para nuestros estudiantes?

Una de las cosas que más valoro en la educación benedictina es la importancia que se le da a la persona. Un estudiante no es simplemente un aprendiz que debe obtener buenas notas. Cada estudiante llega con una historia, una familia, dones, luchas, sueños y posibilidades. Nuestra tarea como profesores es reconocer a esa persona y acompañarla. Los jóvenes viven en un mundo de rápido cambio tecnológico, redes sociales, competencia, individualismo e incertidumbre. Tienen acceso a enormes cantidades de información, pero necesitan sabiduría. Necesitan personas que les escuchen, les acompañen y les ayuden a distinguir lo que realmente es valioso de lo que es simplemente atractivo o popular.

Por mi experiencia en una comunidad educativa benedictina, me di cuenta de que la educación ayuda a los estudiantes a descubrir sus talentos únicos y a canalizarlos en la dirección correcta. En nuestro colegio ofrecemos una oportunidad para que sus talentos y habilidades se manifiesten a través de competencias y actividades comunes para artes creativas, escénicas, cursos intelectuales y STEM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas). Si entendemos y acompañamos a los estudiantes con paciencia y amor, podemos descubrir personalidades y posibilidades maravillosas dentro de ellos.

Por lo tanto, la educación es un viaje bidireccional en el que tanto el profesor como el alumno aprenden el uno del otro, inculcándoles sólidos valores y carácter. Se desarrolla la personalidad completa a través de habilidades fundamentales y se aprende a mejorar las relaciones humanas.

Por encima de todo, la educación prepara a los jóvenes no solo para tener éxito en el mundo, sino para contribuir al mundo de manera significativa. La educación forma personas competentes, compasivas, responsables y dispuestas a servir. En este sentido, la educación benedictina, con su énfasis en la oración, el trabajo, la comunidad, la hospitalidad, el equilibrio

y el respeto por cada persona, ofrece a los estudiantes una base para vivir una vida con propósito y sentido en el mundo actual.

CUARTA PARTE

PAT

La cuarta parte es nuestra parte libre. Le pedí a los profesores que consideraran temas que no habíamos cubierto. ¿Hubo algún aspecto de la educación benedictina que quisieran incluir en su presentación a la comunidad benedictina?

GEOFFREY (4)

En el Colegio St. Scholastica, la Regla de San Benito se vive más a través de nuestras prácticas diarias que mediante la enseñanza formal. La oración, el trabajo, la disciplina, el servicio, la hospitalidad y la gestión forman parte de nuestra rutina escolar. Ora et Labora se refleja en cómo equilibramos la oración, el aprendizaje y la responsabilidad.

Por ejemplo, se espera que los alumnos cuiden el entorno escolar, respeten a los demás, compartan responsabilidades y apoyen a quienes lo necesitan. En nuestra comunidad de alumnos internos, aprenden a convivir con otros, respetar rutinas y valorar que sus acciones afectan a la comunidad en general.

Nuestra cultura keniana también influye en cómo interpretamos los valores benedictinos. La comunidad, la hospitalidad, el respeto hacia los demás y el apoyo mutuo están profundamente arraigados en la cultura africana y encajan de forma natural con la vida comunitaria benedictina.

Un aspecto que añadiría es la importancia del ejemplo. Como profesores y líderes, no podemos enseñar valores de forma eficaz si no los vivimos. Los alumnos observan cómo hablamos, corregimos, escuchamos, lideramos y tratamos a los demás.

En última instancia, la educación benedictina no se trata solo de formar aprendices académicamente exitosos. Se trata de formar seres humanos responsables, compasivos, disciplinados y orientados al servicio que puedan salir al mundo con una brújula interior. Eso, para mí, es la relevancia continua de San Benito y la Regla en 2026.

ESTEBAN (4)

Creo que una de las cosas que ofrece una escuela benedictina, y algo que es muy fuerte en mi escuela, es la hospitalidad. En español, usamos la palabra "acogida", y creo que significa más que simplemente ser acogedor.

En el Colegio Benedictino de Santa María en Envigado, intentamos que la hospitalidad sea algo que se sienta desde el momento en que llegas. Está presente en la forma en que hablamos con la gente, recibimos a las familias, tratamos a los estudiantes y trabajamos juntos. Cuando llegas, esperamos sentir alegría, respeto, compañía y que eres bienvenido. Eso es poderoso en un mundo donde a veces la gente puede sentirse invisible.

También tenemos un dicho en nuestra escuela: matriculamos a las familias, no a los estudiantes. Me gusta esta idea porque refleja el tipo de educación en la que creemos. Cuando un estudiante viene a nuestra escuela, queremos conocer a la familia y construir una relación con ella, porque la educación es algo que hacemos juntos. Nuestro propósito no es simplemente el éxito académico; también es ayudar a transformar la sociedad.

Para eso, necesitamos educar a los seres humanos antes que nada. A veces digo, medio en broma, que en nuestra escuela la humanidad es más importante que las matemáticas. Por supuesto que las matemáticas, la ciencia, los idiomas y la historia importan. Pero ninguno debería ser más importante que la persona que los está aprendiendo. La educación benedictina nos recuerda que debemos poner al ser humano en el centro.

También intentamos ofrecer algo cada vez más difícil de encontrar: una pausa. Nuestros estudiantes viven en un mundo de inmediatez, recibiendo constantemente información, mensajes, opiniones y demandas de atención. Así que creamos espacios donde puedan detenerse, escuchar y tener una conversación real—donde puedan mirar a otra persona en vez de a una pantalla. A veces eso es tan simple como sentarse con un estudiante y estar presente. Esas pequeñas cosas importan.

También queremos ofrecer liderazgo, no como ser mejores que los demás, sino como tener el valor de pensar, tomar decisiones, asumir responsabilidades y, a veces, elegir un camino diferente. El mundo a menudo invita a los jóvenes a seguir tendencias y opiniones. Queremos que se detengan y pregunten: "¿Es esto realmente lo que creo? ¿Es esta la persona en la que quiero convertirme? ¿Qué puedo hacer para mejorar las cosas?"

Así que, si preguntas qué es aquello diferente que ofrece una escuela benedictina, yo no diría que tenemos asignaturas o programas que nadie más tiene. La diferencia está en la forma en que juntamos las cosas: la hospitalidad se vive, las relaciones importan, hay espacio para el silencio y la escucha, el ser humano está por encima del resultado académico, y se anima a los estudiantes no solo a adaptarse al mundo, sino a ayudar a transformarlo.

Y una forma concreta de hacerlo es a través de lo que llamamos los "Círculos de la Palabra". Cada semana, los estudiantes tienen dos círculos con sus tutores, uno el lunes y otro el viernes. Nos sentamos juntos y creamos un espacio donde todos tienen la posibilidad de hablar, pero también, quizás más importante, de escuchar.

Hay algo que me gusta mucho de esta práctica: puedes hablar una vez, pero puedes escuchar veinticinco veces. Cada estudiante tiene una historia, una opinión, una preocupación o algo que

compartir. Escuchar veinticinco voces diferentes nos recuerda que nuestra forma de ver el mundo no es la única. Para mí, eso está profundamente conectado con el espíritu benedictino.

El círculo no es una clase sobre empatía; es una oportunidad para practicar la empatía. No es una lección sobre escuchar; es una experiencia de escuchar. Y escuchar no significa que yo tengo que estar de acuerdo contigo. Significa que estoy dispuesto a prestarte mi atención e intentar entender de dónde vienes.

A veces los círculos nos ayudan a lidiar con una dificultad o conflicto, pero no son solo para momentos en los que algo sale mal. Forman parte de la vida escolar normal porque creemos que la comunidad debe construirse antes de que haya un problema. No esperamos a que haya una crisis para escucharnos unos a otros; hacemos que la escucha forme parte de la vida cotidiana.

A veces no hay un gran problema que resolver. Un estudiante puede simplemente descubrir algo sobre un compañero que no sabía, alguien que suele estar callado puede encontrar un espacio para hablar, u otro estudiante puede darse cuenta de que alguien que creía conocer tiene una historia muy diferente. Eso también es educación. Eso también es comunidad.

Y quizá eso es a lo que nos referimos cuando hablamos de dar vida a los valores benedictinos. No solo decimos a los estudiantes que escuchar, la empatía, el respeto, la hospitalidad y la paz son importantes. Estamos creando espacios donde realmente puedan experimentarlos.

Una escuela benedictina puede ser un lugar donde te ven, te reciben y te dan el espacio para ser humano—y donde, junto con otros, aprendes a hacer el mundo un poco más humano y justo.

HERMANA ANA MARY, OSB (4)

Cuando miro los años venideros, siento que uno de nuestros mayores retos como educadores es ayudar a nuestros estudiantes a mantenerse humanos en un mundo que está cambiando muy rápidamente. La tecnología, la IA, las redes sociales y la competencia se están convirtiendo en parte de su vida diaria. No podemos quitarles la tecnología, ni deberíamos temerla. Más bien, debemos enseñarles a usarla con sabiduría y a tomar buenas decisiones para entender qué es correcto, qué es valioso y qué es lo que realmente importa en la vida, manteniendo tiempo para relaciones, reflexión, oración, trabajo y descanso.

Los años venideros traerán desafíos como cambios en valores y presiones, desafíos mentales y emocionales, diversidad entre los estudiantes, y los preparamos para un futuro incierto, donde muchas de las carreras para las que se están preparando quizá ni siquiera existan. Por encima de todo, la gran tarea es formarlos como buenos seres humanos y no meros profesionales exitosos y prepararlos para contribuir al mundo.

Otro desafío es que cada niño es diferente, y necesitamos entender sus intereses, talentos y luchas individuales, porque no podemos esperar que todos los alumnos aprendan o crezcan al mismo ritmo. Como he mencionado antes, he experimentado personalmente que cuando me tomaba tiempo para escuchar a los alumnos y entenderlos, a menudo podía descubrir en ellos algo hermoso que no se ve a primera instancia. Como educadores, es nuestro deber principal acompañar a los alumnos y tocar sus vidas porque la influencia de un profesor es mucho mayor de lo que nos imaginamos.

También hay una presión creciente sobre los jóvenes para que tengan éxito. Las notas en los exámenes, las carreras y la competencia son importantes, pero creo que la educación debe ir más allá de estas cosas. La educación es el desarrollo de la personalidad integral de cada niño. A través de la educación, nuestro objetivo es ayudar a los jóvenes a convertirse en seres humanos buenos, responsables y compasivos que puedan afrontar la vida con confianza.

Debemos preguntarnos: ¿Estamos ayudando a nuestros estudiantes a convertirse en personas responsables, compasivas y felices? ¿Les estamos preparando para vivir con otros y para afrontar las dificultades con valentía?

¿Cómo vemos que la Regla y la educación benedictina sirven de hoja de ruta para nuestros estudiantes? La Regla de San Benito nos ofrece un mapa muy simple pero significativo. La palabra que más habla es "Escucha". En nuestro mundo ajetreado, la escucha genuina se ha vuelto difícil. Benito nos enseña a escuchar con el oído del corazón. Nuestros estudiantes deben aprender a escuchar—a Dios, a sí mismos y a los demás. Además de escuchar, la Regla también nos enseña respeto, humildad, hospitalidad, responsabilidad y equilibrio, armonía. Siento que estos valores son desesperadamente necesarios para los jóvenes de hoy para el equilibrio de la vida. Por ejemplo, la vida comunitaria enseña que no vivimos solo para nosotros mismos, sino que debemos aprender a cooperar, a ser humildes, a apreciar las diferencias, a ayudarnos mutuamente y a asumir la responsabilidad de la comunidad.

La tecnología cambiará. Las carreras cambiarán. La sociedad cambiará. Pero valores como la escucha, el respeto, la compasión, la humildad, la responsabilidad y el servicio siempre seguirán siendo relevantes. Y por eso veo la Regla de San Benito como un mapa atemporal. Nos ayuda a formar no solo estudiantes que sepan, sino que sean personas completas: jóvenes que pueden pensar con sabiduría, vivir con responsabilidad, relacionarse con amor y marcar una diferencia positiva dondequiera que estén.

La Regla de San Benito y la educación benedictina nos dan una dirección atemporal: no formar solo estudiantes exitosos, sino jóvenes sabios, compasivos, responsables, resilientes y arraigados en valores, capaces de aportar bondad y esperanza a un mundo en constante cambio y dispuestos a contribuir a la sociedad.

NATALIE (4)

Una de las formas en que hemos intentado dar vida al espíritu benedictino en Lourdes Hill College es a través de nuestra iniciativa de la Tarjeta Compass (“brújula”). Inspirada por la sabiduría atemporal de la Regla de San Benito y el mensaje del Evangelio ejemplificado a través de la historia del Buen Samaritano, la iniciativa ofrece a los estudiantes oportunidades para vivir activamente los valores que sustentan nuestra comunidad.

La Tarjeta Compass está inspirada en la imagen de una brújula, un instrumento que proporciona claridad y dirección. En Lourdes Hill College, nuestros valores benedictinos cumplen un propósito similar, guiando a nuestros estudiantes mientras navegan por las decisiones y desafíos de la vida cotidiana. La Tarjeta Compass anima a los estudiantes a reconocer que vivir nuestros valores no consiste simplemente en cumplir expectativas, sino en tomar decisiones reflexivas y con propósito, y en buscar oportunidades para ir más allá en la forma en que tratan a los demás y contribuyen a nuestra comunidad.

A cada estudiante de secundaria se le entrega una tarjeta con diez espacios, que se guarda en la funda de plástico de su diario universitario. Cuando un estudiante demuestra una acción o comportamiento que refleja nuestros valores benedictinos, un miembro del personal firma uno de los espacios de su tarjeta. De este modo, la tarjeta se convierte en un recordatorio tangible de que nuestros valores pueden proporcionar una brújula moral, ayudando a los estudiantes a elegir el camino correcto incluso cuando nadie está mirando.

La iniciativa se basa en los valores de respeto, compasión, hospitalidad, servicio y cuidado hacia los demás. Un estudiante puede recibir una firma por dar la bienvenida a alguien que se siente excluido, mostrar amabilidad a otro estudiante, ayudar a alguien sin que se lo pidan, demostrar compasión, actuar con integridad, liderar discretamente con el ejemplo o contribuir positivamente a la comunidad universitaria en general. Estas acciones tienen el poder de fortalecer nuestra comunidad y marcar una diferencia significativa para los demás.

Es importante destacar que el enfoque de la iniciativa no está simplemente en la recompensa en sí. Se trata de formar jóvenes con carácter que comprendan que sus elecciones y acciones tienen un impacto en quienes las rodean. La Regla de San Benito nos llama a escuchar con el oído del corazón, a dar la bienvenida a los demás, a servirnos mutuamente y a reconocer la dignidad de cada persona.

La Tarjeta Compass ofrece una forma práctica para que nuestros estudiantes pongan en práctica estos principios en su vida cotidiana. La Tarjeta Compass también fomenta la reflexión y el propósito. Queremos que nuestros estudiantes desarrollen la comprensión de que hacer lo correcto no es cuestión de perfección, ni siempre de recibir reconocimiento. Más bien, se trata de desarrollar la confianza para seguir su brújula moral interior: tomar buenas decisiones, actuar con integridad y ayudar a los demás a encontrar su camino. A través de la iniciativa, se anima a los estudiantes a reconocer que su carácter se forma a través de las pequeñas decisiones que toman cada día.

Cuando un estudiante completa su tarjeta, esta se envía a través de su tutor y se coloca en un sorteo. Los estudiantes tienen la oportunidad de recibir pequeñas recompensas, mientras que las tarjetas completas también nos permiten reconocer su logro junto a sus familias mediante un correo pastoral positivo. Al final de cada trimestre, los estudiantes también se incluyen en un sorteo mayor. Aunque estas recompensas aportan ánimo y emoción, el propósito más profundo es el reconocimiento de los valores que se están viviendo.

A través de este proyecto, estamos cambiando deliberadamente el enfoque desde sólo reconocer lo que los estudiantes logran a reconocer en quién se están convirtiendo. Queremos que nuestros estudiantes comprendan que la amabilidad, la generosidad, la compasión, el servicio, el respeto y la integridad no son actos ocasionales, sino cualidades que moldean a la persona que eligen ser y, en última instancia, moldean nuestra comunidad.

De este modo, la Tarjeta Compass es un pequeño pero significativo ejemplo de cómo buscamos hacer tangible la tradición benedictina para nuestros estudiantes. Permite que la Regla de San Benito pase de las páginas de un texto a las experiencias cotidianas de nuestros jóvenes. Como una brújula, nuestros valores benedictinos proporcionan dirección y propósito, animando a nuestros estudiantes a ver una necesidad, responder con compasión, elegir el camino correcto y, a su vez, ayudar a otros a encontrar su camino. Es a través de estos pequeños actos, repetidos cada día, que esperamos que nuestros estudiantes lleguen a comprender lo que realmente significa vivir a la manera benedictina.

CIERRE

PAT

Aquí concluye nuestra presentación. Ahora nos gustaría ofrecerles la oportunidad de hacer preguntas a los panelistas o compartir observaciones sobre sus reflexiones.